

D. Alvaro cayese en poder de la justicia y se tomase acta judicial de la superchería del cadáver de cera.

En efecto, la noche llegó, y con ella las sombras que añaden á su tétrico silencio la tristeza y la oscuridad.

Varios agentes de la autoridad precedidos de su gefe, penetraron á la hora convenida en la mansion de los muertos, quedaron ocultos en un sitio desde donde podian enterarse de la escena que iba á tener lugar, y autorizaron convenientemente á Nicodemus para que abriese la losa designada cuando lo exigiera D. Alvaro.

En esta disposicion dieron las doce de la noche, resonando en el cementerio la fatídica campana como un eco funeral. La luna apareció á iluminar el cuadro con su melancólica y suave luz.

No se hizo esperar D. Alvaro: llamó á la puerta; Nicodemus, que le esperaba, abrió y le dijo con seguridad:

—Todo está dispuesto; pase V., señor marqués, que vamos á despachar en quince minutos.

—¿No hay nadie en el cementerio? murmuró D. Alvaro mirando con recelo en torno suyo.

—No, señor; ni un bicho viviente; los muertos y yo dormimos aquí todas las noches en amigable compañía.

—¡Chist!.... silencio, exclamó el marqués, que iba temblando.

—¡Ja! ¡ja!.... ¡no tiene V. poco miedo!.... dijo Nicodemus riendo con estrépito al ver la pusilánime actitud del marqués.

—¡Calle V. por Dios! se lo suplico, exclamó D. Alvaro no pudiendo resistir el eco agudo de aquellas carcajadas, que resonaban en su corazon como un cántico fúnebre.

El sepulturero, encogiéndose de hombros, contestó:

—Pues, señor: V. tiembla como si fuera á cometer un crimen, y si me rio es porque estoy alegre esperando la recompensa que me hará rico, ¿no es verdad, señor marqués?

—Sí, hombre, sí; prometo hacerte rico; pero no tardes; manos á la obra y arranca cuanto antes esa losa.

—Es cosa concluida en poco tiempo, dijo Nicodemus empezando la operacion, que efectivamente se concluyó muy pronto, quedando en descubierto el ataúd.

—Sáquele V. fuera, dijo el marqués ayudando él mismo á tirar de la caja, tanta era su impaciencia.

—¡Ea! ¡ya está! ¿tendrá V. la llave?

—Sí, hombre; veremos en qué estado se conserva.

Con temblorosa mano abrió el ataud, y se presentó á sus ojos el cadáver de la misma manera que ya en otra ocasion se habia presentado á los atónitos ojos de Nicodemus.

—¡Qué enterito está! dijo éste; ¿sabe V. que no se ha descompuesto siquiera?

—Se conserva perfectamente, dijo D. Alvaro pensativo.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora con él?

—Una cosa muy sencilla; si accedes, doblaré la cantidad que tenia reservada para recompensar tu trabajo.

—Vamos á ver qué nueva exigencia se le ocurre.

—Quisiera trasladar este cadáver á otra caja y á otro nicho... por ejemplo, aquí hay otra señora que murió en la misma época que mi sobrina; saquémosla, y que varien de tumba, durmiendo los restos de la una aquí, y los de la otra allí, ¿te conviene? Mira la recompensa, todo este dinero, todas estas alhajas; D. Alvaro las mostraba al aturdido sepulturero, que no acertaba á comprender tan extraño proyecto, y no se atrevia tampoco á ejecutarlo, porque no tenia orden para ello.

—Vengan aquí, y está hecho, contestó decidiéndose; aunque no comprendo este nuevo capricho, le respeto y me dejo llevar de las circunstancias.

Apenas empezó á levantar la losa del sepulcro indicado por el marqués, sintió que una voz fuerte y llena de autoridad dijo á su espalda:

—Basta, Nicodemus.

—Éste se volvió rápidamente y se encontró á un hombre alto, erguido, severo como la estatua de la rigidez, que enseñando el baston de la autoridad, dijo:

—Don Alvaro Pérez: dése V. preso en nombre de la Reina.

Tan repentina habia sido aquella aparicion, que D. Alvaro se

quedó sobrecogido, trémulo y sin poder darse cuenta de su situación. Bajó la cabeza, y tendiendo humildemente las manos para que se las atáran, no volvió á pronunciar una palabra.

En vista de aquella suprema desventura y de tanta humildad, los circunstantes exclamaron para sí:

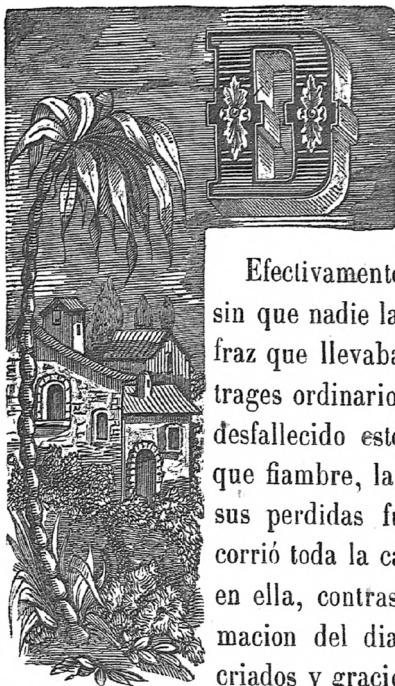
—Este hombre no es un criminal de oficio, y sin embargo, ¡pobre de él! mala suerte le aguarda.

Por su parte D. Alvaro se resignó á todo, comprendiendo que había llegado el momento de la expiacion.



CAPITULO XX.

La sorpresa.



DEJAMOS á la marquesa, en el capítulo XII, que corrió á refugiarse en su mismo palacio, creyendo encontrarse en él mas segura que en ninguna parte.

Efectivamente, pudo sin ninguna dificultad y sin que nadie la interrumpiera, quitarse el disfraz que llevaba, y vistiéndose con uno de sus trages ordinarios, se dedicó á proporcionar á su desfallecido estómago algun alimento, que aunque hambreado, la hiciera por lo menos recobrar sus perdidas fuerzas. Encendió una luz y recorrió toda la casa; un silencio sepulcral reinaba en ella, contrastando notablemente con la animacion del dia anterior, en que multitud de criados y graciosas doncellas se agitaban de uno á otro lado, promoviendo una algazara indescriptible.

Aquella calma profunda, aquellas ventanas cerradas, aquellos salones sombríos, adornados de cuadros que representaban personajes rígidos y magestuosos, imponian á cualquier persona indi-

ferente, mucho mas á quien como Cristina tenia llena la imaginacion de aterradoras sombras y de supersticiosos temores. Su presencia de espíritu la sostenia; sin embargo, luchando con su valor y con el involuntario pánico que la inspiraba su propia casa, fué al comedor, sacó de un armario algunos fiambres, frutas, dulces y vino. Lo puso todo sobre la mesa y se sentó en frente, no sin dirigir miradas recelosas por todos los ángulos de la habitacion.

—¡Tengo miedo! murmuró trémula de terror la pobre muger. ¡Oh! ¡me creí mas valiente!

El eco de sus propias palabras la hizo estremecer; se calló, no dejando de pensar en la misteriosa aparicion de la condesa de Paraná y figurándose verla á cada momento en su presencia.

Se habia levantado un fuerte viento, que al agitar los árboles, producía un ruido extraño, asemejando á gemidos, á tristes, á funerales lamentos, mucho mas perceptibles al oido de Cristina por el profundo silencio que la rodeaba.

—¡Parece que se quejan! exclamó Cristina entre sí; ¡qué maldita idea he tenido de venir aquí, si no he de poder descansar en toda la noche, y el miedo no me deja atravesar un bocado! Se me anuda la garganta; siento vértigos, desvanecimiento, y creo que voy á caer en tierra sin sentido. ¡Bah!.... pero esto es una tontería; yo me dejo dominar de una idea pueril, que redunde en mi daño. Estoy desfallecida, no he comido nada desde ayer, antes de ir á aquel baile malhadado, donde quedó mi honra desgarrada en cien girones, y es claro que la debilidad me pone mala y me hace ver visiones..... Cerraré la puerta—se levantó á cerrarla—así, perfectamente; ahora estoy sola, en la casa no hay nadie que me sorprenda; puedo por la tanto comer con tranquilidad sin acordarme de supersticiosos temores, y cobraré fuerzas para dormir un rato, y mañana, antes de que amanezca, saldré de Madrid; la cartera de fray Severo me ha provisto de fondos, no necesito mas; permaneceré escondida hasta que pueda encontrar á mi marido, y escaparemos juntos al extranjero; es el único remedio que nos queda en esta deshecha borrasca que se ha conjurado contra nosotros.

Con estas reflexiones creyó tranquilizarse, y efectivamente lo

consiguí en parte, tanto, que pudo cenar, sintiéndose á la conclusion mucho mas animada y con deseos de buscar en el lecho el apetecido descanso.

—Necesito dormir, exclamaba; necesito reparar mis fuerzas y olvidar el cúmulo de contrariedades que me rodea, á fin de prepararme á luchar contra ese destino implacable. ¡Oh! ¡yo no quiero doblar la cabeza!.... eso nunca. Iremos á Italia, buscaré á mi hija, y variando de nombre, conseguiremos crearnos una posicion, nos conquistaremos un puesto brillante á fuerza de talento y de industria..... Sí, este es el plan mas acertado, y ¡quién sabe si un dia podré vengarme de esa muger aborrecida!.... Hoy tengo con sentimiento que renunciar á las ideas de venganza, porque estoy abatida, subyugada, y se estrellarian mis débiles fuerzas contra el poder de esa inmensa riqueza, de ese fausto oriental..... paciencia, pues; ya llegará mi dia.

Absorta en sus meditaciones Cristina, no advirtió que las horas cruzaban veloces, hasta que sintió la sonora y lenta vibracion de un reloj de sobremesa que daba las doce.

Entonces se levantó.

—¡Las doce! dijo; me habia olvidado que el tiempo corre.

Los restos de la cena quedaron sobre la mesa, y ella, sin cuidarse de nada, salió á la galeria, dirigiéndose á sus habitaciones. Llevaba una bujía en la mano. Cuando entró en el comedor, todas las ventanas estaban cerradas; al salir, sintió que refrescaba su rostro un vientecillo fresco y agradable.

—Alguna puerta ó ventana hay abierta, murmuró retrocediendo dos pasos y volviendo otra vez á sentir un terror profundo. Y me maravilla, porque estaban todas cerradas.

En aquel instante una fuerte ráfaga de viento apagó la luz. Cristina dió un grito, el candelero cayó de sus manos, y la puerta ó ventana por donde penetraba el aire, se cerró con estrépito, quedando todo en silencio sin mas ruido que el plañidero gemir del huracan entre los árboles del jardin.

Sin embargo, en la oscuridad de la galeria avanzaban tres hom-

bres, que habian reconocido á Cristina y se dirigian al sitio en que cayó trémula de espanto.

Ellos contenian la respiracion, y ella no se atrevia ni á moverse. Empero, llegó el momento en que sintió cerca de sí el crugido de unas botas.

—¡Aquí anda gente! murmuró para sí, levantándose á impulsos del mismo miêdo que antes la hizo caer en tierra.

Uno de aquellos hombres debió tropezar en un velador, porque cayeron con estrépito varias figuras de china, haciéndose pedazos.

—¡Cuernos de vaca! exclamó el desconocido con ira, olvidándose de todo.

—¡Maldito! ¡calla, que nos pierdes! le dijo al oido el que se encontraba mas cerca, mientras que el otro, mas próximo que ellos á Cristina, la cogió de un brazo y gritó:

—¡Ya es mia!... venga una luz, muchachos.

La pobre muger se sintió estremecer al contacto de los nervudos brazos que la sujetaban, palideciendo mortalmente al reconocer el eco de aquella voz, que aunque cascada, recobraba con la ira el vigor de la juventud.

Instantes despues se iluminó la habitacion, encontrándose Cristina frente á frente de su antiguo amante Pedro Torres; detrás estaban Tragabombas, que los contemplaba con los brazos cruzados, y Juan Cortante, que tenia la linterna en la mano.

Detengámonos. Suponiendo que nuestros lectores desearán saber el motivo que llevaba al palacio á los tres personajes cuya conducta era siempre sospechosa, daremos, antes de proseguir, algunas esplicaciones.

Tragabombas, que estuvo entre los criados de Alejandrina la noche que ésta dió su magnífico baile en la colonia, se enteró de lo ocurrido con la marquesa, y supo que al otro dia la autoridad, no encontrando á nadie en el palacio de Blancarosa, hizo cerrar las puertas, quedando así hasta que el pleito entablado por Alejandrina quedára sentenciado.

Como la insaciable codicia del bandido estaba siempre buscando medios de adquirir dinero, siéndole indiferente que fuesen de bue-

na ó mala procedencia, se le ocurrió el pensamiento de robar las alhajas y objetos mas preciosos que hallase en el palacio de Blancarosa, ya que la ocasion se le presentaba como llovida del cielo, puesto que no habia en él nadie que los descubriese y tenian fácil entrada por el jardin, gracias á una ganzúa que les abriese la puertecilla falsa.

Con efecto, asoció á su plan á sus compañeros de glorias y fatigas Juan Cortante y Pedro Torres, que encontrando magnífico el pensamiento, le pusieron en práctica, no imaginándose siquiera encontrar un alma viviente en la desierta casa.

Serian las once y media cuando entraron en el jardin; el silencio y quietud de la solitaria calle les favoreció mucho para no ser descubiertos. Cerraron cuidadosamente la puertecilla y avanzaron entre los árboles del jardin á buscar el vestíbulo, teniendo antes de encontrarle, que dar infinitas vueltas porque ninguno de los tres conocia la casa.

Por fin hallaron la escalera que debia conducirles al piso principal. La puerta que comunicaba con la primera galeria, estaba cerrada; pero alzaron el picaporte y cedió. En aquel momento dieron las doce.

Al resonar la vibracion de la última campanada, sintieron en las habitaciones interiores el ruido de una puerta que se abria; volviendo á cerrarse. A poco el reflejo de una luz les hizo conocer que no estaban solos.

—¿Si se nos habrán anticipado? murmuró Tragabombas echando mano al enorme puñal que llevaba escondido entre la faja.

Sus compañeros le imitaron, diciendo Juan Cortante:

—¿Quién sabe!.... preparémonos.

—Esconde esa linterna, dijo Pedro Torres, mas previsor que sus compañeros, y escondámonos detrás de esta colgadura.

Hicieronlo así, reconociendo á Cristina, que se presentó con la luz en la mano. Ante tan favorable descubrimiento, no se hablaron una palabra; pero tuvieron idéntico pensamiento: apoderarse de ella, obligándola á callar, puesto que tambien debia tener interés en ocultarse.

Cristina al verlos se quedó estática, desapareciendo su miedo para dar lugar á otra clase de terror al encontrarse con un peligro de distinto género y no menos inminente que el que antes tenia.

Sin embargo, se propuso combatirle apelando á la astucia y empleando los recursos de su imaginacion. No podia comprender el motivo que allí llevaba á los tres personajes, que la contemplaban cada uno de distinta manera, y animados de bien encontrados sentimientos; pero viendo en los ojos de Tragabombas cierta expresion benévola, se dirigió á él sonriendo:

—Apostaria, dijo con dulce tono, á que me ha visto V. entrar aquí y viene á salvarme, ¿no es cierto?

—¡Infame! lo que vamos á hacer es ponerte en manos de la justicia para que pagues de una vez todos tus crímenes, se apresuró á decir Pedro Torres sin dar lugar á que contestase Tragabombas.

—¡La justicia!... ¿está V. loco, compadre?... entonces nos meterian á nosotros tambien en chirona, dijo Juan Cortante.

—¡Silencio, majadero! dijo Tragabombas; y tú, amigo, déjala suelta, que al esperar su salvacion de nosotros no pensará en escaparse.

Pedro Torres soltó el brazo de Cristina, que apenas se vió libre, corrió á refugiarse al lado del bandido que tan generosamente intercedia por ella, y le dijo en voz baja:

—Sígame V. y hablaremos.

—Corriente; voy á encender esta bujía, y en seguida estoy á sus órdenes, dijo cogiendo la vela, colocándola en el candelero y encendiéndola en la linterna que le presentaba Juan Cortante.

Pedro Torres contemplaba á Cristina con furor, siendo sus miradas relámpagos de ódio. Tenia las manos crispadas y los dientes le rechinaban á impulsos de la cólera.

—Esta vez no te escapas; eres mia; tú me has perdido, haciendo de un hombre honrado, un criminal, y es muy justo que lo pagues. ¡Ah! ¡yo te prometo que mi venganza ha de ser terrible!...

El anciano pronunció estas palabras con gesto amenazador y con voz enronquecida.

Cristina le miró con miedo, sintiendo á pesar suyo un involuntario estremecimiento. Se cogió del brazo de Tragabombas y le dijo:

—Vamos; tengo miedo aquí.

—No tema V., que yo la defiendo; y ni ese miserable ni nadie se atreverán á ofenderla.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! murmuró Cristina.

El bandido, dirigiéndose á sus compañeros, les dijo:

—¡Ea, muchachos! á recorrer la casa; concluyamos cuanto antes, que yo me quedo con esta señora.

—¿Sabes que estás muy galante? le dijo Pedro Torres. ¿Desde cuándo acá el toco bandido echa mano de la cortesana figura que tan impropia le es?

—Desde que defiendo á las damas que tú quieres ultrajar, porque dejaron de amarte y te desprecian.

—¡Tragabombas!.... gritó el anciano encolerizado: no sufro insultos; déjame esa mujer, y seremos amigos.

—Me importa poco tu amistad; obedece y calla; ya que estás bajo mis órdenes.

—¡Nunca!.... primero es mi venganza.

—¡Cuernos de vaca!.... ¡hoy mueres, si hablas una palabra mas! gritó el bandido olvidándose de todo y cogiéndole por el pescuezo, en tales términos, que casi le ahogaba. Luego le dió una enorme sacudida que le hizo caer en tierra dentro de una habitacion inmediata.

—Juan Cortante, dijo con voz de trueno: llévate á ese miserable y haz que me obedezca, ó le mato. Vamos, señora, cuando V. guste, exclamó volviendo á ofrecer el brazo á Cristina.

—¡Cuánto sentiré que tenga V. por mi causa algun disgusto! exclamó la taimada empezando á poner en planta su plan de seducción.

—Es un viejo impertinente, que vé visiones, y se le figura

que V. es una querida que tuvo allá en su juventud, lo cual no es creible.

—¡Ah! ¡Dios mio!.... ¡no se ha cansado la fatalidad de perseguirme!.... ¡soy muy desgraciada!.... exclamó Cristina llorando.

En esto habian llegado á un gabinete retirado; entraron: Tragabombas vió varias bujías en unos candeleros de plata, y las encendió todas, haciendo despues que Cristina se sentase en un divan.

—¡Y V. no se sienta! exclamó ella.

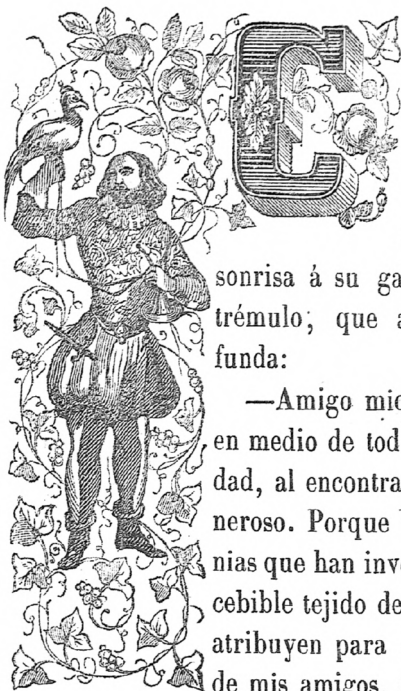
—Yo aquí, enfrente, para poder contemplar sus gracias, dijo sonriendo con galantería.



CAPITULO XXI.



Un grito de venganza.



CRISTINA comprendió que aquel hombre estaba bajo su dominio, y se propuso explotar tan rico filon en favor suyo; al efecto, correspondiendo con una dulce sonrisa á su galantería, le dijo con un acento trémulo; que anunciaba una conmocion profunda:

—Amigo mio..... Soy muy desgraciada; pero en medio de todo, me sonrie un rayo de felicidad, al encontrar en V. un corazon noble y generoso. Porque V. no dará crédito á las calumnias que han inventado para perderme, al inconcebible tejido de falsedades y enredos que se me atribuyen para desconceptuarme en el concepto de mis amigos, de las personas cuyo aprecio deseo conservar á toda costa.

—El mio no le perderá V. nunca, dijo el bandido.

—¡Ah! ¡mil gracias!.... en esta confianza, no vacilaré en contarle la historia de mi vida..... todos mis mas íntimos secretos..... óigame V.

—No, señora: hoy no lo permito; está V. demasiado fatigada, y necesita lo primero procurarse los medios de su salvacion; lo segundo descansar. Veamos pues lo que se hace. Conmigo puede V. contar con entera libertad: yo me ofrezco á sacarla de aquí y á esconderla en un sitio retirado donde se halle al abrigo de las persecuciones judiciales.

—¡Oh! eso es cuanto desco; el aprecio de V. y un rincon donde esconderme á llorar la desventura de mi vida.

La astuta dama prorumpió en sollozos. ¡Ah!.... demasiado conocia que el llanto en ciertas ocasiones de la vida produce un efecto mágico, conmoviendo el corazon del hombre, y mucho mas el de Tragabombas, que, acostumbrado al trato de mugeres ordinarias, sin educacion, se encontraba de repente envuelto en las redes de una esquisita coqueteria y de los mas artificiosos é irresistibles encantos.

—Sin que V. se esfuerce en asegurarlo, la creo inocente, y la ruego enjague sus lágrimas, pues no las necesita para convencerme, para conquistarse mis simpatías, puesto que desde luego me declaro su defensor, su único amigo.....

—Dice V. bien, mi único amigo..... ¡ay! en las borrascas del mundo, cuando una persona pierde su fortuna, sin que la quede la esperanza de recobrarla, todos la abandonan, y tiene el cruel dolor de recibir funestos desengaños, al propio tiempo que los rudos golpes de su desgracia. Por eso V. manifiesta no parecerse á los demás hombres, lo comprendo, y al adquirir la certidumbre de su inmensa bondad, no puedo menos de concederle mi eterna gratitud con un elevado sitio en mi corazon.

Este lenguaje completamente desconocido para él, y la delicada cortesania de Cristina concluyeron por arrastrarle á su favor de una manera irresistible; sentia por ella una inclinacion que hizo nacer en su alma el relato de Pedro Torres, al contarle la historia de su vida, al propio tiempo que le contenia un resto de respeto, ese sentimiento de veneracion que inspira siempre la persona que creemos grande y elevada.

En su alma se levantaba una duda: aquella muger ¿era culpable

ó inocente?... ¿era una señora ó una muger perdida? Hé aquí los pensamientos que bullian en su mente; hubiera dado cualquier cosa por dejarla esplicarse, por ver cómo se sinceraba de las acusaciones que de todas partes se la dirigian; pero quiso tambien echarla de generoso, y la rogó que callára; ella, que no deseaba otra cosa sino ganar tiempo, accedió gustosa y empezaron á tratar amigablemente los medios de salvacion.

—Y bien, señora: mi único anhelo se cifraba en poseer su confianza; si ya la poseo, permítame que la indique el medio que considero mas oportuno para su evasion, que debe llevarse á cabo con la oscuridad de la noche; se halla V. perseguida por la justicia, y la conviene ante todo burlar su vigilancia.

—Es verdad; ayer salí de aquí, y creyéndome mas segura que en otra parte en mi propia casa, que la autoridad acababa de cerrar, me volví á ella, entrando por la puerta del jardin, cuya llave conservaba.

—Y fué una idea sumamente acertada; pero no es conveniente continuar aquí, porque mis compañeros han visto á V. Pedro Torres está furioso y pudiera delatarla.

—¿Y qué haremos?

—Si V. me lo permite, la indicaré mi opinion.

—Desde luego, hable V., hable V., dijo ella mirándole de una manera fascinadora.

—Pues bien: creo que lo mas acertado será que se vista V. un traje de hombre, si le tiene á mano, y se marche á mi casa; V. ya la conoce ¿no es verdad?

—Sí, en la calle de Lavapiés; ¿pero no vive con V. Pedro Torres?

—Esta noche reñiremos y no volverá á poner los piés en ella; puede V. ir tranquila y segura de que no encontrará á nadie. La criada no duerme allí, y las llaves aquí están: la de la puerta de la calle y la del cuarto. Entra V., cierra y aguarda mi llegada; yo no tardaré en ir; porque antes de amanecer, debe V. salir de Madrid.

—¿Y dónde iré que no me conozcan?

—A mi quinta de Fuencarral; afortunadamente ayer se la negué á doña Irene, que con la mayor franqueza fué á instalarse en ella, queriendo pasar un mes en el campo, y no tuvo mas remedio que marcharse á Cienpозuelos; parece que me estaban diciendo al oido, que habia de necesitarla para V.

—¿Y está retirada del pueblo?

—A doscientos pasos; se vive perfectamente en aquella soledad, y luego tiene un subterráneo con salida al monte, por donde se puede escapar en caso de peligro. ¡Oh! es una magnífica casa de campo; yo la compré, ó por mejor decir, me la compró fray Severo con objeto de que se criase en ella Renata.

—¡Pícaro viejo!.... no me recuerde V. su nombre: él es la causa de todas mis desgracias; por sus pérfidos consejos mi marido no vaciló en cometer un crimen que hoy pagamos todos, aunque no tuviéramos de él culpa ninguna.

El calor de la indignacion animó el rostro de Cristina, que sabía dar á su movible fisonomía el aire que la convenia fingir, segun los sentimientos que espresaba.

De tal modo logró esplicarse, que consiguió convencer al bandido, subyugándole en términos de que la creyese una víctima inocente.

Tragabombas procuraba esplicarse con la mayor finura; desde que era hombre rico, todo su afan se reducía á pasar por persona decente, queriendo á toda costa ser caballero, y abandonando los hábitos de bandido, crearse una posicion elevada que le diese respeto y consideracion.

Su alianza con la marquesa le venia perfectamente, y ya se creia en la cumbre de sus altos pensamientos.

—Callaré, señora, si el nombre de ese fraile la ofende; dijo levantándose del sillón que durante toda esta escena habia ocupado enfrente de Cristina.

—¡Ya me deja V.! exclamó ella levantándose tambien.

—Sí, señora; no debemos perder tiempo; yo la ruego que se disfrace cuanto antes y abandone esta casa, marchando á refugiarse á



la mia; en tanto yo entretendré á mis compañeros haciéndoles creer se halla V. aquí.

—Antes de cinco minutos estoy lista; ¿no tiene V. nada que advertirme?

—No, señora; únicamente la ruego que confie en mi lealtad y no me juzgue por las apariencias.

—¡Mil gracias, amigo mio! yo siempre veré en V. al hombre generoso á quien debo la salvacion y la vida; adios; permítame estrechar su mano..... es la mano de un valiente.

Las manos de ambos se unieron con espresivas muestras de un sentimiento recíproco; instantes despues Tragabombas, abandonando el gabinete, entró en el salon inmediato, donde se encontró frente á frente con Pedro Torres.

—¿Qué haces aquí? le dijo Tragabombas con terrible acento, que demostraba su enojo.

—Todo lo he oido, contestó el anciano; y no saldrá de aquí sin que pase por encima de mi cadáver.

Su comprimida cólera se manifestaba en la palidez lívida de sus facciones y en su desencajado semblante.

—Mira, Judas: tú has bebido hoy demasiado, y estás fuera de quicio; por lo tanto, voy á cogerte como quien coge á un borracho, y á plantarte en la calle.

—Si te atreves á ponerme la mano encima, mueres; por fortuna encontré estas pistolas en el cuarto del marqués, y van á servir para ella y para tí si la defiendes, dijo Pedro Torres sacando dos pistolas, que amatilló con la mayor sangre fria.

Tragabombas retrocedió dos pasos.

—Bien, así te quiero: léjos de mí; ahora escúchame.

—No gastemos el tiempo en inútiles palabras; si te has propuesto reñir conmigo, reñiremos; pero que sea cuerpo á cuerpo y con armas iguales.

—¿Y para qué? á mí no me importa matarte como á un perro si no me complaces en lo que deseo.

—Entonces serás un asesino, un traidor infame.....

—Seré todo eso y mucho mas; ya he perdido mis instintos ca-

ballerescos; esa muger me sumergió en el lodazal del crimen; yo era un caballero, un hombre honrado; hoy su infernal coquetería, que ha empezado á emplear contigo, me ha convertido en un miserable, en una bestia feroz que solo anhela venganza y la tendrá complida; aparta, pues; déjame pasar..... necesito verla y ahogarla entre mis brazos.

—Jamás; te he dicho que esa dama está bajo mi proteccion, y nadie tocará á uno solo de sus cabellos.

—¡Esa dama!.... dijo con irónico desprecio el anciano; desde que quieres hacerte caballero, eres muy fino.

—No me hagas perder la paciencia; vete; déjala salir y no la hagas daño.

—Eso sí que no; aquí me quedo; y segun voy viendo, mañana encontrarán dos cadáveres en esta sala, dijo Pedro Torres rechinando los dientes de furor.

Mientras tanto Cristina, que habia escuchado el altercado que tenia, tomó una resolucion suprema, se vistió ligeramente la levita, el pantalon y la peluca de D. Severo, puso cuatro letras en medio pliego de papel, y viendo que el gabinete no tenia otra salida que la del salon donde se hallaban disputando los dos adversarios, se dispuso á descolgarse por el balcon que caia al jardín. Al efecto ató las sábanas de la cama en la barandilla y se deslizó con la agilidad de un gato montés.

Cuando estuvo abajo, abrió la puertecilla secreta para asegurarse la retirada, y volviendo debajo del balcon, arrojó la carta y las llaves de su casa á Tragabombas, envueltas en un pañuelo.

Estaban los dos contrarios en lo mas fuerte de la contienda, cuando saltando con estrépito un cristal del balcon, entró dentro un objeto que ambos se apresuraron á recoger, no sin cierto temor, porque al pronto lo creyeron un aviso de Juan Cortante.

Sin embargo, Tragabombas conoció al punto las llaves de su casa; pues, mas listo que Pedro Torres, cogió el primero, desdobló el papel y se puso á leerle delante de una bujía; aprovechando aquel momento el vengativo viejo para introducirse en el gabinete.

La carta decia así:

«Mi querido amigo: ruego á V. que no esponga por mí su preciosa vida; ya estoy en salvo; ignoro á dónde encaminaré mis pasos en este momento; pero le prometo que no tardaré muchos días en reclamar su generoso apoyo. Espere V. y no olvide á su agradecida

Cristina.»

Cuando Tragabombas concluyó la lectura de la carta, que le costó trabajo descifrar, á causa de la precipitacion con que estaba escrita, buscó á Pedro Torres; no hallándole en el salon, entró en el gabinete: tampoco estaba; se asomó al balcon y le vió deslizarse por las sábanas que habian quedado pendientes.

—¡Cuernos de vaca!.... gritó Tragabombas desesperado; ¡vas á seguirla, viejo infame! ¡espérate un poco!....

Con la velocidad del pensamiento le siguió Tragabombas, teniendo la fortuna de encontrarle golpeando la puertecilla falsa del jardin, que ya Cristina habia cerrado por fuera.

—¡Se me escapa!.... gritaba con furia.

—¡Insensato!.... ¡no golpees así la puerta, que nos pierdes! exclamó Tragabombas apartándole de allí con un esfuerzo supremo, pues el obstinado viejo se resistia como un loco.

—¡Quiero vengarme!.... quiero, ¡déjame!.... y empezaré por tí, que la amas y la defiendes.... ¡toma!.... gritó descargando una pistola, cuya bala pasó rozando el cabello del bandido.

Éste, furioso por una accion tan villana y temiendo al mismo tiempo verse descubiertos por los serenos, que acudirian al ruido del pistoletazo, cogió al viejo y levantándole en alto como si fuera un niño, lo arrojó á una distancia considerable, sintiendo que su cabeza fué á estrellarse contra el pilon de una fuente cercana.

Al ruido, acudió Juan Cortante con las alhajas que habia podido recoger en el palacio.

—¿Qué has hecho? le preguntó abriendo la puertecilla.

—No lo sé; ¡creo que he matado á ese infeliz!.... pero él lo ha querido. Vámonos.

Poco despues, mientras ellos escapaban, la calle se llenaba de serenos que acudieron al ruido.

CAPITULO XXII.



Arbol torcido.



TIEMPO es ya de que sigamos á nuestros simpáticos jóvenes Ildemaro y Senen, cuando al separarse en el patio del Buen Retiro, de Guillermina y del conde, se encaminaron á la colonia de Santa Clara.

Era, como recordarán nuestros lectores, casi anochecido, pero ellos, teniendo en la colonia tan buenos amigos, resolvieron pasar allí la noche.

Llegaron efectivamente: el cochero les preguntó que á dónde se dirigian, y le indicaron la tranquila y apacible casa de Adalberto, á cuya puerta se apearon instantes despues.

Empero no como otras veces encontraron en ella la calma y la dicha, sino un desconcierto horrible, una confusion inmensa. Las mugeres llorosas y afligidas, exhalaban en quejas su dolor, y el viejo Adalberto, revestido de un valor supremo, descargaba sendos garrotazos sobre las espaldas de Maravillas, que los recibia defendiéndose como mejor le era posible; pero sin atreverse á hacer uso de sus fuerzas contra su venerable agresor.

—¡Infame! le decia éste con creciente indignacion: tú siempre habias de ser un pícaro.... árbol que crece torcido, nunca su tronco endereza; así te sucede á tí: naciste y viviste malo, y lo serás hasta morir!....

Maravillas, viendo que con los argumentos cobraba su suegro nuevo vigor, tomó el partido de coger una silla defendiéndose con ella.

—Si no me deja V., me defenderé de otro modo, porque ya no respondo de mi prudencia, exclamó furioso.

En esto se paró un coche á la puerta, y llamaron con repetidos golpes.

La solfa cesó por un momento al resonar el aldabon, y aprovechándole Maravillas pudo escapar, mientras entraban los dos jóvenes, que, absortos al encontrarse con un cuadro semejante, preguntaron:

—Pero ¿qué es esto?... ¿qué sucede aquí?

Las mugeres y los niños rodoblaron su llanto, y Adalberto contestó:

—¡Qué ha de ser, hijos! que Rita se ha empeñado en domesticar una serpiente y no puede ser; son cosas estas, que no estando en el orden natural, es una locura intentarlas.

—Pero ¿qué ha sido ello? ¡vamos á ver!....

—En dos palabras os lo voy á explicar; sentaos, hijos míos, porque ya ese bribon ha tomado las de Villadiego, y me alegro, pues me evita un asesinato. Mira, muchacha, dijo volviéndose hácia la criada: cierra la puerta y vaya bendito de Dios, ojalá nunca se le hubiera abierto. ¡Ah! por mi gusto no entró; pero estas mugeres, siempre débiles, siempre esperando milagros que no pueden realizarse, ni es posible;... donde no hay conciencia, ni delicadeza, ni honor, no se puede esperar nada bueno!....

El pobre viejo se limpiaba con un pañuelo las gruesas gotas de sudor que brotaban de su frente, y dejando el baston en un lado, se sentó con mucha calma en su ancha y cómoda poltrona.

Idemaro, viendo á Tránsito mas tranquila que á los demás, se acercó á ella y la dijo:

—Comprendo, hermana mia, lo que aquí ha sucedido; pero confío que tú no habrás sufrido por causa de ese malvado; ¿no es verdad?... ¡A tí no te habrá ofendido!

—No, querido hermano; solamente á Rita ha insultado, ¡pobrecilla!.... ¡es bien desgraciada por cierto!.... ¡Cuando creyó hallar la felicidad!....

—¡Era una quimera pensarlo! exclamó con impetuosidad Adalberto; á mí nunca me engañó.

—Pero ¿quién lo habia de creer, padre mio, si él me juró arrepentirse y ser un hombre honrado? se atrevió á decir entre sollozos la desgraciada esposa, que abrazaba con efusion á sus pobres hijos, abandonados otra vez por su indigno padre.

—Hombre honrado no será jamás quien tenga un corazon de cieno como tu marido; él te creyó bajo la proteccion de la condesa, y como tiene fama de generosa, de espléndida, imaginóse encontrar aquí grandes tesoros; mas cuando ha visto su esperanza fallida, se le acabó la paciencia, cesó el fingimiento y empezando á sacar sus malas mañas, te acarició con su lenguaje grosero, innoble, concluyendo por hacer uso de argumentos que están muy en su carácter, pero que tú no mereces, y han ido por consecuencia de rechazo á saludar sus costillas, que yo le prometo llevará bien maduras, porque mi brazo, aunque viejo, no tiembla todavia al castigar á un miserable.

—¿Conque el malvado se ha atrevido á poner la mano sobre V., Rita? exclamaron casi á un tiempo los dos jóvenes.

—Quería por fuerza que le diese mil reales; yo no los tenia, y esto ha sido la causa de todo, contestó la jóven.

—Eso despues de haberla robado todas las alhajas y ropas que debemos á la generosa bondad de la condesa, empañándolas acaso por una miseria, dijo Carmela.

—En fin, ya se marchó; dejémosle, y no hay que acordarse mas de que teneis tal marido, ni tal padre; ¡lo oís, hijos míos!....

Los niños miraron á su madre, que abrazándolos, volvió á confundir con ellos su angustiado llanto.

—Vamos, no mas lloriqueos; ¿qué podiais esperar de un per-